

de los hombres.

Francisco Moscoso García
Universidad de Cádiz

DE EPALZA, Mikel (ed.), *Traducir del árabe*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2004, 340 págs.

Según Mikel de Epalza, editor y, al mismo tiempo, colaborador del volumen reseñado, esta obra responde al importante progreso que en los últimos años se ha producido en el concepto y práctica de la traducción en los arabistas de nuestro país. Durante muchas décadas y desde hace más de una centuria, en las áreas y departamentos de árabe de las facultades españolas se ha venido formando a los alumnos en la loable tarea, aunque quizás limitada, de la traducción literal de textos clásicos —especialmente andalusíes— al castellano. El trabajo de los ya licenciados y sus profesores, admirable en la mayoría de los casos, anhelaba otro enfoque que, tal vez por prejuicios sociales o políticos de diverso cariz, siempre quedó en el olvido y al margen de aquél: la del íntimo contacto con el universo cultural árabe, observado siempre a distancia a pesar de ser éste el que alberga la clave para una mejor comprensión e interpretación de giros, locuciones o pasajes completos de cualquier escrito.

Traducir del árabe, aunque partiendo de esta última premisa, no sigue una línea metodológica comúnmente practicada en las aulas universitarias; pretende, eso sí, orientar en su tarea al traductor experto y al aspirante a través de una jugosa colección de ejemplos extraídos, bien de textos publicados, bien de la experiencia docente en esta disciplina. Para tal fin, los autores se basan en dos puntos esenciales: *el análisis de los errores y vicios de estilo, y la reflexión general sobre la destreza traductora*.

El libro se divide en ocho capítulos —precedidos por una “Presentación” de Mikel de Epalza en la que se aborda lo resumido en las líneas anteriores— dedicados a la traducción al castellano de textos árabes de índole y temática variada (literatura, religión, filosofía, medicina...), y de los que se ocupan indistintamente varios de los especialistas en la materia, a saber: el propio Mikel de Epalza, profesor de traducción del árabe al español y catedrático de Historia

del Islam en la Universidad de Alicante; Eva Lapiedra Gutiérrez, profesora titular del Área de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Alicante; Joaquín Lomba Fuentes, catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza; Rosa-Isabel Martínez Lillo, profesora titular de Lengua y Literatura Árabe de la Universidad Autónoma de Madrid; María Jesús Rubiera Mata, catedrática de Lengua y Literatura Árabe en la Universidad de Alicante; y María de la Concepción Vázquez de Benito, catedrática de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad de Salamanca.

En el primero de todos, titulado **Introducción general a la lengua árabe y a su traducción al castellano**, María Jesús Rubiera nos ofrece un panorama general de los estudios y la traducción del árabe al español a lo largo de la historia, desde la Edad Media hasta nuestros días, con las obras y publicaciones que diacrónicamente se han utilizado para su aprendizaje y difusión. Sirve este capítulo también para que su autora nos ofrezca algunas de las dificultades gramaticales y morfosintácticas a las que debe enfrentarse el traductor de árabe a la hora de verter esta lengua a la nuestra.

La prolongada presencia del islam en la Península despertó pronto el interés por la lengua árabe, sobre todo en órdenes como la franciscana y la dominica, acaparadoras de la cultura medieval. A la élite religiosa debemos en efecto buena parte del caudal de diccionarios y gramáticas que conocemos y se publicaron y editaron en España desde el siglo XVI; es a principios de esta centuria cuando escribe Pedro de Alcalá su *Arte para ligeramente saber la lengua arábica*, y el *Vocabulario arábigo en lengua castellana*. Con todo, será a partir del siglo XIX, coincidiendo con la etapa colonial española en Marruecos y la creación de la primera cátedra de árabe en la Universidad de Madrid, el momento en el que el número de obras se incrementa de forma notable. De este modo, al método de Francisco Codera y las gramáticas de González Ayuso (1881) o fray José Lerchundi (1872), debemos añadir, ya en el siglo XX, los trabajos de Miguel Asín Palacios, Emilio García Gómez, Pedro Martínez Montávez, Federico Corriente o Julio Cortés. Junto a esta producción hispana, son destacables las gramáticas y diccionarios escritos en otras lenguas, principalmente francés e inglés, que maneja la mayoría de profesores y estudiantes de árabe en su diario menester. De ellos merecen especial mención los diccionarios de Hans Wehr y Kazimirski –uno dedicado al árabe moderno y otro fundamentalmente indicado para las traducciones de textos clásicos

medievales— y gramáticas como la de Vaglieri.

En cuanto a los estudios de árabe en la actualidad, Rubiera Mata se refiere a la nueva orientación que han tomado los mismos. Si bien se continúa formando a traductores de árabe clásico, a cuyo trabajo está dedicado fundamentalmente este libro, el estudio del árabe hablado va tomando un ineludible protagonismo. Debido a la dificultad de unificar esta lengua oral, común en los medios de comunicación y la literatura contemporánea bajo el nombre de “árabe moderno”, muchos de nuestros arabistas se centran en dar a conocer las peculiaridades de los distintos dialectos del mundo arabófono, deteniéndose por obvias razones de cercanía geográfica y tradición histórica, en la vecina variedad marroquí, conocida como “dǧrīa”. A este respecto, no olvida María Jesús Rubiera citar los recientes y encomiables trabajos de Bárbara Herrero, aunque sí lo haga, tal vez por desconocimiento o descuido, con el de otros arabistas.

Mikel de Epalza dedica el segundo capítulo del libro a las **Especificidades religiosas de la lengua árabe y de sus traducciones**. El tema principal de este interesante ensayo es, por supuesto, la traducción del Corán o Alcorán y su influencia en textos narrativos árabes modernos.

Inicia Epalza su estudio del libro sagrado centrándose en los problemas del léxico árabe-islámico y el hispano-cristiano en general. Antes de traducir al castellano una obra como el Corán, es necesario, como hace Mikel de Epalza, referirse, por ejemplo, a la polisemia del término “oración” en su correspondiente árabe. Esta palabra y otras dotan de una singularidad al Corán consistente en el desvirtuado valor que adquiere su mensaje cuando es trasladado a otras lenguas distintas de la original. Es sobre este particular en el que Epalza basa las seis estrategias que autores como Vernet, Cortés y otros nos ofrecen de su traducción de la coránica “Aleya de la Luz” y cuyas características artístico-literarias también analiza Mikel de Epalza.

Como larga conclusión, el artículo se detiene en un preciso examen de la influencia del Corán y determinadas aleyas en novelas y cuentos árabes contemporáneos, caso de *Las ventanas* de Mahmoud Tarchouna o de *Oro en polvo* de Ibrahim al-Koni.

Sólo se le podría achacar a Epalza que al final de su trabajo, rompiendo la línea estructural del mismo, incluya una reseña de la edición y traducción de la

Tuḡfa de Anselmo de Turmeda (siglos XIV-XV), religioso cristiano mallorquín que a la edad de 35 años emigró a Túnez para convertirse al islam. Tal vez no sea éste el espacio que deba ocupar este apartado, pero Mikel de Epalza lo justifica por ser ejemplo de texto religioso analítico, frente a las habilidades de carácter sintético desarrolladas anteriormente en torno al Corán y las citadas novelas cortas de Tarchouna y al-Koni.

El resto de capítulos guardan una estrecha relación con éste último y los principios traductológicos que Rubiera Mata señalaba en su introducción. La utilidad e interés de estos trabajos deben ponderarse positivamente por la acertada selección de ejemplos y modelos que toman sus autores.

Así, Eva Lapiedra, en su **La historiografía árabo-islámica clásica y sus traducciones**, centra atinadamente su estudio en los aspectos lingüísticos y extralingüísticos de los textos históricos árabes. Ello se debe, según la misma profesora, a que *algunas traducciones han tendido a la literalidad [...], lo que trae consigo ciertos problemas en la versión española del texto [...] que se hace, en ocasiones, pesada de leer [...]*

La polisemia, el empleo de arabismos del castellano o el estilo de las traducciones de las crónicas árabes a nuestra lengua, tienen también un destacado apartado en este capítulo.

De nuevo María Jesús Rubiera, inicia otro capítulo, **La traducción de la literatura árabe clásica**, poniendo el énfasis en la importancia del contexto y la relación de las dos culturas con las que trabajamos cuando traducimos cualquier pasaje del árabe al español. Utilizando el símil periodístico y partiendo en efecto de lo que llamaré las cuatro “Q”, que el francés Edmond Cary plantea en el fragmento que de su *Comment faut-il traduire?* (Lille, 1986, p. 35) incluye la profesora Rubiera al principio de su tesis, *¿qué, cuándo, dónde y para quién traducimos?*, la conclusión no puede ser más clara: el texto árabe clásico necesita de un bagaje que va más allá del mero contexto lingüístico.

Al estudio de este último punto dedica esta autora el resto del artículo, del que destaca su concepción del ejercicio de la traducción literaria como comentario de texto, algo que ejemplifica magistralmente con el análisis de la *Epístola de los genios* de Ibn Šuhayd.

Los árabes dividieron las ciencias en dos grandes apartados: ciencias árabo-islámicas o relativas a la religión o a la tradición lingüística propia, y ciencias extranjeras o de la antigüedad grecorromana, esto es, la filosofía, la

medicina y sus ciencias auxiliares, las matemáticas, etc. Es sobre todo a la medicina a la que Concepción Vázquez de Benito dedica su capítulo, el quinto del libro, titulado **Traducción y transmisión de las ciencias y las técnicas árabes, la medicina y la dietética**.

Tras una breve introducción en la que se repasa el proceso de penetración y asimilación de la ciencia antigua por parte de los árabes, la doctora de Benito precisa el significado de algunos términos polisémicos árabes que en el ámbito de la medicina varían su sentido original o el que se usa en otros campos.

En el análisis de la traducción de textos médicos árabes, la novedad que aporta este artículo radica en el criterio seguido por su autora a la hora de verter al castellano un texto sobre medicina. Al tratarse de obras medievales, opta de Benito por adaptar la terminología médica árabe al castellano de la Edad Media, con la finalidad de que la obra original sea comprendida en su período histórico. El glosario que sigue a esta apreciación, junto a los ejemplos de los distintos recursos morfológicos, sintácticos y estilísticos del lenguaje médico, son dignos de elogio por su utilidad práctica.

De los tres últimos capítulos del libro, debemos recalcar la claridad con la que Eva Lapidra plantea sus ideas sobre **La traducción del derecho árabe**. El artículo gira en torno a los textos jurídicos contemporáneos en esta lengua, y resulta muy ventajoso para el traductor e intérprete especializado, ya que aúna criterios sobre la terminología habitual árabe en este tipo de documentos y la que debe emplearse como norma en castellano.

En cuanto al capítulo siete, acerca de la **Traducción de textos filosóficos del árabe al castellano**, Joaquín Lomba exhibe su retórica y profundo conocimiento de la disciplina para exponernos, como él mismo señala, más que un análisis puramente filológico, una reflexión sobre la traducción filosófica del árabe al castellano. Es por ello que el apartado dedicado a lo abstracto en el pensamiento árabe, a pesar de su complejidad, sea lo más brillante del artículo junto al somero estudio de los usos y significados del verbo “ser” y términos derivados en la filosofía musulmana.

Para finalizar, Rosa-Isabel Martínez Lillo se enfrenta a las cuestiones que deben tenerse en cuenta en **La traducción de la literatura árabe moderna**. Como ya apuntaba Rubiera Mata en su introducción general, Lillo reitera la importancia que el legado cultural árabe-islámico tiene en el ámbito conceptual o semántico de las obras literarias árabes contemporáneas. También para esta

autora, los textos actuales en árabe, lejos ya del corsé de las rígidas pautas clásicas, basan su arte en el ritmo, un ritmo personal e íntimo que el traductor debe percibir y transmitir en su versión castellana.

Con todo esto traza Martínez Lillo un extenso y cuidado estudio de los distintos géneros literarios árabes, haciendo especial hincapié en los aspectos morfosintácticos, semánticos, formales e incluso pragmáticos de cada uno de ellos.

Quizá el brevísimo apartado dedicado al árabe de prensa, incluido oportunamente al final de este ensayo para resaltar meramente su influencia en la evolución de la lengua árabe, hubiera necesitado de todo un capítulo monográfico en el conjunto del libro.

Por lo demás, sirva esta novedosa y original guía de traducción árabe-castellano -que no manual- para que de una vez y de forma rigurosa, tengamos en cuenta y valoremos como merecen los contextos y tradiciones culturales que subyacen en las diversas disciplinas y épocas a las que pertenece un texto determinado.

Miguel Ángel Borrego Soto

LAÂBI, Abdellatif, *Fez es un espejo*. Traducción de Inmaculada Jiménez Morell. Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2004, 256 págs.

La sólida carrera literaria del escritor marroquí Abdellatif Laâbi, así como la riqueza y singularidad de su peripecia vital lo sitúan en una posición inmejorable para emprender un proyecto autobiográfico de las características de *Fez es un espejo*, que aborda de manera nada complaciente aquellos años cruciales del último tramo de la colonización a principios de la década de los cincuenta del siglo pasado.

Nacido en una humilde familia de la medina de Fez —su padre era talabartero— Laâbi fue testigo de los cambios que sacudieron a su sociedad. La ciudad de Fez bajo el protectorado francés era un mundo en transformación, en el que Radio Medina (el boca a boca) se ve sustituida por el aparato de radio “cubierto con un pañuelo bordado sobre el que descansa un jarrón de flores artificiales”, que además de emitir las noticias deleitaba con la voz de los